

POR LA RECUPERACIÓN DEL PATRIMONIO PATAGÓNICO-FUEGUINO

# IMPACTOS

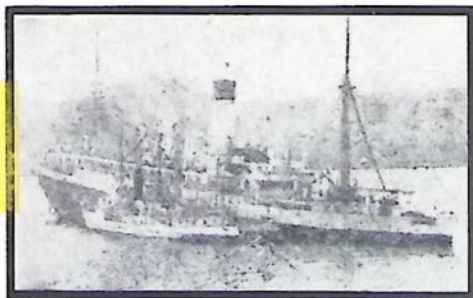
Nº 82, Punta Arenas, 28 de julio de 1996.  
Valor de Chile: \$500 IVA incluido. En Argentina: \$2,5.

## ¿CRIMEN ORDENADO POR UN CACIQUE?



Habla un viejo calbucano  
¡BRUJOS, CALEUCHES  
Y OTRAS YERBAS!

## El "rescate" del Monte Cervantes



## A UN SIGLO DEL AGUA



aerovías **DAP**

### ¡DAP, LA FUERZA DE LA GENTE!

VUELOS DIRECTOS A SANTIAGO

5 veces a la semana  
ATENCIÓN CONTINUADA DESDE  
LAS 9 HASTA LAS 20 HORAS.

Punta Arenas: O'Higgins 891 - Fono 223340

SANTIAGO: Luis Thayer Ojeda 0180 - Of. 1304 - Fonos 3349672 - 3349658 PROVIDENCIA



EN NUESTROS LIBROS PLASMAMOS  
LA IDENTIDAD REGIONAL

EDITORIAL ATELÍ

Calle Vicente Reyes 1290 - Fono 225164 - Punta Arenas



## 300 MTS. Profundidad

**OPERACIONES CON ROV**  
(Vehículos dirigidos por Control Remoto).  
**BUCEO PROFUNDO HeO<sup>2</sup>**  
Presentes en el Estrecho de Magallanes y Atlántico Sur.  
**Nautilus Sermares Ltda.**

Lautaro Navarro 1066 - Oficina 308  
Fonos: 243538/242282 Fax: 241146 - Punta Arenas.  
Calleo 2970 - Oficina 1006 - Fonos: 2333132  
Fax: 2429507 - Santiago.

## SOUVENIR - SHOP

LOCAL HAND CRAFT



**PINGÜI**

LIBROS REGIONALES  
BOOKS ABOUT THE REGION

- WILD LIFE
- HISTORY
- ABORIGENES
- MAPS

BORIES 404 PUNTA ARENAS /CHILE

# Colegio Punta Arenas

*Siempre junto  
a la cultura*



Colegio Punta Arenas

Avenida Bulnes N°01240 - Teléfono 214615 - Punta Arenas - CHILE

## VHF INGENIEROS LTDA.

OBRAS CIVILES

INGENIERÍA

CONSTRUCCIÓN

Ignacio Carrera Pinto 185 - Fono fax 225828  
Casilla 1362 - Punta Arenas

## EXTINTORES CORMORÁN

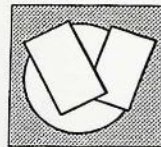
Servicio de mantención y recarga  
de todo tipo de extintores.

**SERVICENTRO ESSO**

Jorge Montt 26  
Puerto Natales  
Fonos 411657 - 411364

## "SOLO VIDRIOS"

Parabrisas, espejos,  
cristales y enmarcados  
en general.



Parabrisas para todo  
tipo de vehículos.

Mejicana 762 - Fono 224224 - Punta Arenas

# CARNAVAL DE INVIERNO

Se apagaron las últimas bengalas, sortilegio pirotécnico novedoso para los puntarenenses, y con ello la vocinglería del Carnaval de Invierno, sin nieve.

Decimos -sin eufemismo- que la población, sin diferencia alguna, se tomó las calles céntricas de la ciudad, llenándolas de consignas válidas: ¡Viva el carnaval!, ¡Viva la alegría! ¡Viva Punta Arenas!

¿Qué había ocurrido? Simplemente que la Municipalidad, bajo el pretexto de celebrar su primer centenario, «echaba las oficinas por las ventanas»...

Una fracción numerosa de nuestra juventud no conocía esta fiesta y el resto de la comunidad como que ya la había olvidado. ¡Había pasado tanto tiempo desde el último verdadero carnaval!

Los numerosos carros alegóricos presentados mostraron más que el interés, el cariño por participar. El trabajo creador mancomunado de diversos estamentos sociales compitió con el sano objetivo de la participación. Así lo comprendió la comunidad, que no sólo aplaudió sin reservas, sino que se incorporó plenamente: comparsas alegres, murgas pintorescas, solitarios disfrazados y pintarrajeados y público delirante.

Lo cierto fue que toda la población se reencontró en el centro de la ciudad, en una cita original de un corso sin flores. Hubo gente que no se veía por mucho tiempo; la hubo que ni siquiera se conocía; pero, en medio de la exultación, se saludó y hasta se abrazó fraternalmente. Fue un real encuentro con el pasado magallánico, que en esta fiesta sencilla y magnífica, se reencontraba con sus raíces. Afloraron añejas y hermosas costumbres tomadas de las manos como en el viejo ayer...

Una reina juvenil, la bella Paola, al ser ungida, proclamó en su primer edicto, la alegría y el amor. Nos preguntamos evocando el pasado: ¿Cuántos romances habrán comenzado en estas horas de farándula? Y, ¿cuántos matrimonios derivados de ellos, recordarán mañana ante la presencia de los hijos, este feliz encuentro? Corresponde a una tradición magallánica.

Punta Arenas volvió a ser como era: unida, confiada, alegre y solidaria...

¡Feliz centenario!

IMPACTOS N° 82.- Edición de 40 páginas, más la separata "Ateli-er literario". Año 7. Punta Arenas, 28 de julio de 1996. Valor: \$ 500 en Chile. 2.5 en Argentina. Director: Carlos Vega Delgado. Representante legal: Héctor Tenorio Vargas. Revista mensual fundada el 1° de octubre de 1989. Editada por "Comercial Ateli y cia. Ltda.", en los talleres de "Comercial Ateli y Cia. Ltda.", ubicados en calle Vicente Reyes N° 1290. Punta Arenas, Chile. Fono: 225164.

# A UN SIGLO DEL AGUA

por Silvestre Fugellie

Con este título acabo de publicar una monografía que se refiere al agua potable de Magallanes. Como sabemos, el agua es la substancia primordial que anima la tierra y hace posible la vida, aunque el agua natural nunca es pura porque tiene una gran acción disolvente, que hasta las gotas de lluvia, a medida que caen, arrastran impurezas del aire, y la que se filtra en el suelo contiene minerales y substancias disueltas.

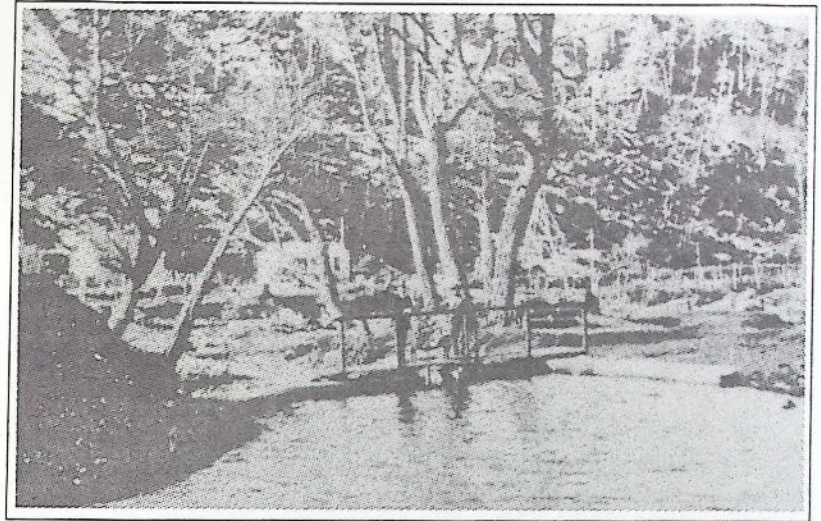
El agua utilizada para bebida se llama potable y debe reunir ciertas condiciones que se exigen oficialmente en todos los países civilizados. Debe estar desprovista de color, olor y turbiedad, y debe llevar disuelta una cierta cantidad de sales, oxígeno y ácido carbónico. No debe contener materias orgánicas ni microorganismos o microbios.

El agua que se usa en casa para bebida e higiene debe disolver el jabón y cocer las legumbres. Si tiene en disolución sales cálcicas abundantes cortará o grumará el jabón y endurecerá las legumbres. La de lluvia no es buena para beber de manera permanente pues daña la dentadura.

Los antiguos puntarenenses recogían este líquido vital en ríos, lagunas y pozos, o sea, la llamada agua dul-

ce, natural, y a consecuencia de ello las enfermedades, especialmente las estomacales, eran de una frecuencia alarmante.

Desde 1896 hasta nuestros días, ya un siglo, el suministro de agua potable ha pasado por muchos avatares. Primero se extendió una cañería hasta un antiguo muelle, puesto que las innumerables naves que pasaban por el estrecho de Magallanes requerían del vital elemento y además era un negocio inmediato y lucrativo. Desde mucho tiempo se pensaba en el bienestar y la salud de los pobladores, y hubo algunos hombres públicos que se preocuparon con esmero del problema y estimaron de mayor urgencia y necesidad el abarcar obras que resguardaran la vida de la población, procediendo a crear una red de suministro del agua potable más amplia y diversificada, que fuera capaz de inyectarse en cada hogar. Sin embargo - y como ya parece ser tradición para los magallánicos - tropezaron con los obstáculos y las incomprensiones que hallaron en las constantes negativas emanadas del gobierno central. Tal es así que los alcaldes debieron recurrir a un préstamo bancario y afrontar todos estos gastos iniciales. Esto se pudo ha-



Bocatoma chorrillo Lynch. 15 septiembre de 1908.

cer porque aún no caían las gabelas y tributos nacionales ocasionadoras del estanco y negatorias del progreso. Medidas de los valles centrales en contra de las zonas aisladas política y geográficamente.

Penetrando en esta parte de la historia magallánica que ya lleva un siglo, se puede concluir, sin lugar a dudas, que las cosas han variado. Sólo bastará recordar, por transmisión de los mayores, la época cuando hombres y mujeres acudían a orillas de los ríos del Panteón y del Carbón, hoy de la Mano y de las Minas, con sus baldes dispuestos a recoger el agua necesaria para el día. Así también se recuerda los baldes inútiles con que eran combatidos los incendios; y cuando las mujeres se arrojaban en las riberas de estos caudales para lavar ropa.

Después de estos hechos primarios se puede decir, fidedignamente, que en el tráfago de los años debió pasarse por múltiples circunstancias respecto al suministro de agua potable: Los cortes frecuentes de corta duración y los esporádicos que alcanzaban hasta diez o más días. Y cuando las cañerías se escarchaban, tanto las de redes interiores como exteriores; cuando el hielo cerraba las compuertas sólidas e impedía el paso del líquido por la bocatoma; cuando en algún tramo los ductos reventaban; y, lo peor, cuando las condiciones del agua eran insalubres y su consumo ocasionaba verdaderas pandemias territoriales.

Asimismo, el aspecto turbio del líquido al salir de los grifos y, en algunas oportunidades, la emanación de substancias orgánicas en descomposición



Trineo de pasajeros a tracción animal. Primeras décadas de 1900.

que fluían por las llaves. No era mejor el resguardo de las fuentes captadoras donde también, a veces, se hallaban alimañas muertas y putrefactas.

Ahora las cosas han cambiado, los cortes de agua potable son esporádicos y necesarios por exigencias del servicio. El agua que sale de los grifos es incolora y no tiene sabores extraños. Vemos que las plantas de Punta Arenas, Porvenir y Puerto Natales han sido ampliadas y estructuradas técnica y materialmente. Y que existe una preocupación permanente por el tratamiento de las aguas servidas y por mantener saneado el medio ambiente.

Si analizamos todas estas singularidades ocurridas durante tantos años, veremos el motivo que nos ha permitido exponerlas en esta pequeña monografía, cuya única finalidad ha sido

registrar, aun sucintamente, tantos variados sucesos por los cuales ha pasado el suministro del agua potable; pero también hemos tratado de hacerlo mediante una crítica constructiva, que involucre tanto los hechos como los hombres del pretérito, esos venerables precursores nuestros, que hicieron todo lo posible por darnos lo mejor dentro de los medios precarios y primitivos de aquellas épocas que les tocó vivir. Asimismo hemos indagado lo que se está haciendo ahora, sin alardes y con responsabilidad, para proporcionar a la población un elemento cada vez más óptimo.

La Empresa Sanitaria de Magallanes fue creada hace sólo seis años y, ¿cuántos años estuvimos esperando antes la concreción de la nueva fuente del lago Parrillar? ¿Algunos lo recuerdan? Pues ya, en poco menos de

un lustro, la obra está concluida.

La monografía presente también trata de llegar a la juventud y a los mayores, con el fin de interesarlos en este vital elemento sin cuyo concurso los seres vivos no existiríamos. Y si bien sabemos que el agua es

primordial para nuestras vidas, hay algo que nos ocurre a todos, y es que por tenerla tan cerca y tan fácil, no hacemos caso de ella y la dejamos correr como un río natural, incluso la contaminamos y la derrochamos con indiferencia.

El agua que bebemos y que coadyuva nuestras necesidades es como un familiar, un tesoro nuestro y mientras más pura y más cristalina nos llegue, mejor protegerá nuestra salud. Debemos comprender también, que los hombres que han laborado y los que laboran por ella tratan con todos sus medios y cuidados de entregarnos un agua potable cada vez más depurada y en consecuencia más sana.

Desde mi niñez los he visto bajar en las calles bajo los embates de nuestro clima. Todos sabemos que en Magallanes es costumbre arraigada apreciar las cuatro estaciones del año en un sólo día, con que la naturaleza hace su presencia climática en una sucesión rápida y caprichosa de sus meteoros. Sabemos del silbo del viento que se aso-



Lago Parrillar. Faenas en invierno.

ma con sus rachas intempestivas de cualquier fuerza; de las nubes de tierra y polvo que se pasean por las calles obligando a cubrirse de sus ráfagas; del frío invernal que penetra las carnes con su acero solidificado bajo cero; de la lluvia lenta y exasperante que paulatinamente cala los huesos; y de la nieve que a veces acude con sus copos silenciosos o con sus grandes nevascas que levantan cúmulos llamados voladeros.

Bueno, estas son las condiciones en que trabaja el hombre sanitario, ya más de cien años.

Agradezco en estas líneas a la Empresa Sanitaria de Magallanes por haberme dado la oportunidad de escribir la presente obra indagatoria y a su Unidad de Relaciones Públicas los valiosos antecedentes que me ha proporcionado. Del contenido de este trabajo espero el juicio sereno de sus lectores.

La monografía «A un siglo del agua» se acaba de imprimir en mayo del presente año en los talleres de Impresos Atelí y Cía. Ltda.

**Premio  
Municipal de  
Literatura "Poeta  
José Grimaldi  
Accoto" 1996**

En Sesión Extraordinaria Solemne de fecha 8 de abril se hizo entrega del Premio al escritor regional Silvestre Fugellie. En tal oportunidad el Concejal y Presidente del Jurado, José Saldívar Díaz pronunció una alocución que en partes dice:

[...] en mi doble calidad de Concejal de la Municipalidad de Punta Arenas y Presidente del Jurado que resolvió este Premio, es un momento muy grato, compartir con el Jurado una tarea de gran responsabilidad, la cual se llevó a cabo con seriedad y honestidad.

El Premio Municipal de Literatura «Poeta José Grimaldi Accoto», se creó a partir de una sabia y acertada propuesta del profesor y Concejal de este Municipio, Don Luis Godoy Gómez y que contó con el respaldo unánime del Concejo Municipal. Sin duda el espíritu de esta propuesta contenía el deseo del Justo Homenaje a nuestro insigne poeta y el reconocimiento ciudadano a quienes dedican lo mejor de sí a la creación literaria regional. Ese anhelado deseo

ha estado presente en esta segunda entrega del Galardón Municipal.

Referirme al galardonado en esta oportunidad, resulta un inmenso honor. No es fácil condensar en breves palabras la figura y obra del artesano de las letras regionales, don Silvestre Fugellie Mulcahy, que vino al mundo un 25 de julio de 1923, en esta ciudad, cuyo Municipio está próximo a cumplir su Primer Centenario. Nieto de inmigrantes, que como muchos otros llegados a estas tierras forjaron con firmeza y perseverancia a gentes capaces de entregar en la sencillez de sus vidas caudales de creación inagotable. En lo simple, es un hijo de esta tierra y que junto a otros que hicieron de ella la propia, dieron a las letras Magallánicas un prestigio del cual nos enorgullecemos.

Don Silvestre Fugellie es el resultado de la Educación Pública, que contenía con fuerza el concepto humanista de educación que enseñaba a razonar, a deducir, a inventar, en resumen a crear.

Don Silvestre Fugellie es en su colegio donde se expresa, es allí donde publica, sus primeros lectores son sus compañeros-amigos, sus correctores son a la vez sus maestros que con fuerza le encaminaron a continuar.

La creación, en don Silvestre, sigue los cauces de la maduración y el perfeccionamiento, sus lectores aumentarán, es hasta hoy habitual encontrar sus escritos y reflexiones en diarios como El Magallanes y La Prensa Austral, en revistas como «Infórmese» publicada por Enap, y en otros órganos de prestigio como revista «Impactos».

Su obra cruza las barreras de aislamiento regional, llegando a publicar en revistas del norte del país y en libros del ex-

terior como «Antología de Novísima Poesía del Habla Hispana» de editorial Soemí, Almería, España en 1986, y en la «Antología Clarín de Poesía» de editorial El Paisaje, de Vizcaya, País Vasco, España en 1983.

Su hermoso poema «A Magallanes», se incorporó a la obra «Geografía Poética de Chile», que editó el Banco del Estado de Chile y la Dirección de Bibliotecas, Archivo y Museo de Chile, 1994.

Resumir todas sus obras, puede resultar un afán que exceda el tiempo de esta solemne ceremonia, pero será sin duda tarea dentro de una asignatura pendiente que en su momento habrá que asumir.

Su obra también es la colaboración formadora, el apoyo a noveles e inquietos jóvenes que se acercan en busca de estímulo sabio, es el trabajo dispuesto, es la palabra que se escucha por ondas radiales, es trabajar por Magallanes creando futuro, es el socio y presidente de sociedades, es el que crea e incrementa bibliotecas sin mezquindad. Es el hombre de letras que silenciosamente desde estos confines aporta desde julio de 1988 sus conocimientos y prestigios en la Academia Chilena de la



Silvestre Fugellie recibe el saludo del alcalde Carlos González.

Lengua, en la cual es designado miembro correspondiente.

Un hecho, el cual quiero compartir con ustedes, y que refleja quién es nuestro galardonado, aconteció el mismo día en que tuve el honor de comunicar su designación. Con su permiso, don Silvestre, relato: Llamé a su domicilio por teléfono, usted no se encontraba allí, su esposa me informó que se hallaba en la imprenta ultimando detalles, personalmente, de una nueva publicación de su autoría. Este hecho nos da a conocer su vigencia, el deseo de seguir entregando.

[...] Por lo mismo su arte no es sólo suyo, es ya nuestro patrimonio.

Esta Municipalidad, su administración se congratula en entregar este justo reconocimiento que comparten los hijos de esta tierra.

A continuación presentaremos una serie de entrevistas realizadas en las ciudades de Puerto Montt, Calbuco, Maullín y Carelmapu. Todo ello inserto en el trabajo de investigación que estamos realizando en el rescate de nuestro patrimonio cultural y la memoria colectiva de los pueblos de la provincia de Llanquihue. Esperamos con esto, hacer un real aporte al reconocimiento de nuestra identidad y entregarlo de primera mano a los lectores de "Impactos".

Por Esteban Barruel, desde Calbuco

PASÓ UN TRONCO GRANDE Y NOS DIMOS CUENTA QUE ERA EL CALEUCHE. ANTES HABÍAN BRUJOS EN LA ISLA GUAR, EN CHAUQUES... AHÍ ESTÁ LA MATA... HAY QUE DECIRLES GARABATOS Y COSAS MALAS A LOS BRUJOS PARA QUE A UNO NO LO HAGAN LESO EN EL MONTE. EL CALEUCHE DA PLATA, PERO EL BRUJO NO SIRVE PARA NADA.

Así nos aseveró y contó tantas cosas de la vida de antes don Miguel Villarroel Mansilla, antiguo vecino del sector de San Rafael, Calbuco. Hoy tiene 83 años y aún trabaja balseando a la gente entre El Rosario y Caracolito. Los años más se le notan por su remar pausado y corto que por otra cosa, y ello no le ha impedido para levantarse cada mañana a mariscar y conversar con el pasado y el presente con especial lucidez.

Realizó -nos dice- su servicio militar en los años 1933-34 en la Marina de Chile a bordo del Almirante Latorre, donde aprendió mucha historia nacional.

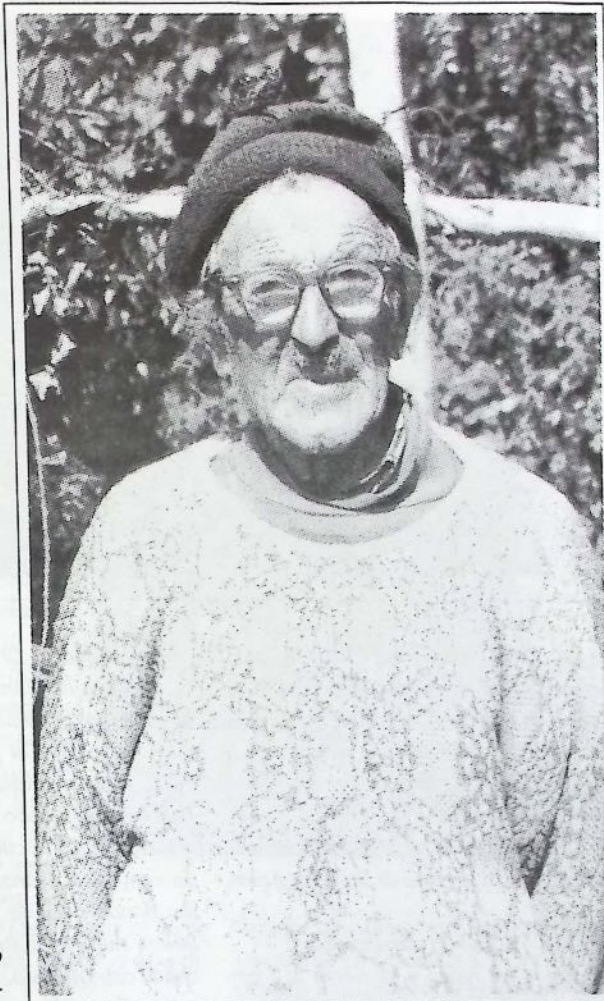
P.: ¿A qué edad usted don Miguel se hizo pescador?

R.: *Yo tenía doce años, a esa edad me fui a las Guaitecas a trabajar. Antes no habían botes o lanchas como ahora con motor, todo se hacía en chalupas. En las*

*Guaitecas estuve en la cueva de Ñancúpel, era un bandido muy malo. Esos asaltaron un barco un tiempo. Era un esterito chico.*

P.: ¿Cómo eran antes las embarcaciones?

R.: *Eran a remo o a vela y no a motor, así que yo he recorrido toda esta faja de tierra a cuenta de remo. Íbamos hasta Poyo, Hualaihué, Barranco Colorado, Llancahué, por donde vivió don Cornelio (Parancán) para llegar por Llanquid, entrando por acá por Queullín, Nao, Rolecha, Quetén, Lleguimán, Puerto Bonito y Chauques.*



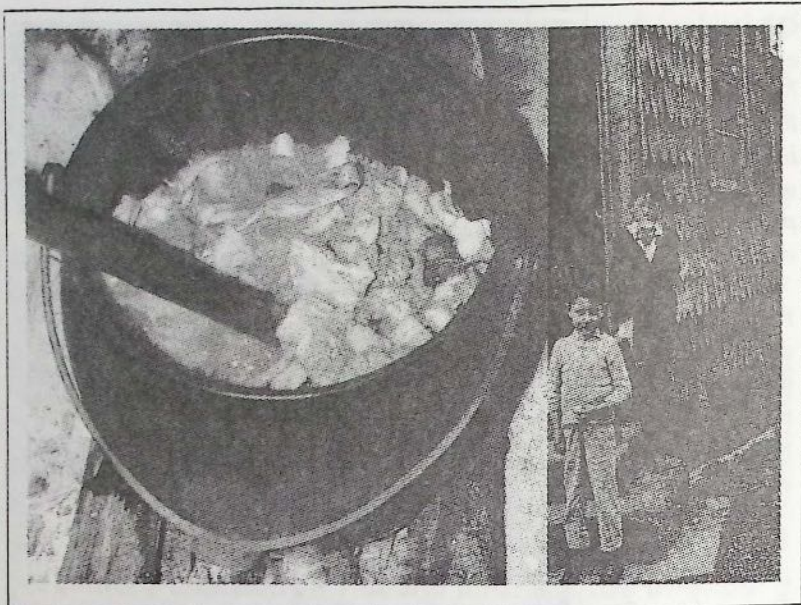
Miguel Villarroel Mansilla.

P.: ¿Y cuántos remaban en las chalupas?

R.: *Remaban cuatro hombres y las chalupas tenían 10 metros y tres de ancho; en una bancada remábamos de a dos.*

P.: ¿Cuál era la especie preferida de los pescadores en esos años?

R.: *Era la sierra. Hacíamos curanto o las vendíamos en las fábricas, a la Cocosa, en la de don Germán Ditzel, la de don Guillermo Schmeisser, en la de*



Soto y Léniz, donde don Chito Andrade, en la de don Herminio Ojeda y en la de don Jorge Ditzel que estaban en La Vega, también estaba la fábrica de la viuda de Oelckers donde doña Elena, yo trabajé ahí.

Íbamos a buscar cholgas en la cordillera en la costa de Rolecha, Aulen.

P.: ¿Cómo se pescaba antes?

R.: Con redes y la sierra al «pinche» con lienza, un alambre delgado con anzuelos y un pedacito de plomo para que caiga. Antes se pescaba con pura lienza no más.

P.: ¿El trabajo del buzo era muy sacrificado?

R.: No mucho, el buzo trabajaba

con escafandra. Le dábamos aire con la máquina de manivela y con el cabo de guía que se amarraba al banco, y el buzo se arreaba al paso hasta que llegaba abajo y tocaba atención y se aseguraba con el cabo el buzo que estaba amarrado por la cintura, y en la medida como iba avanzando el buzo se le iba dando cabo de guía, y cuando ya quiere subir, toca atención, y se le sube con el cabo de guía. Cuando el «quiñe» estaba lleno, el buzo por el cabo de guía avisaba para subir las cholgas. El buzo trabajaba con dos quiñes.

P.: ¿Cuántas horas remaban habitualmente en sus viajes por los canales?

R.: De tres a diez horas, a veces nos aparejábamos cuando el viento estaba

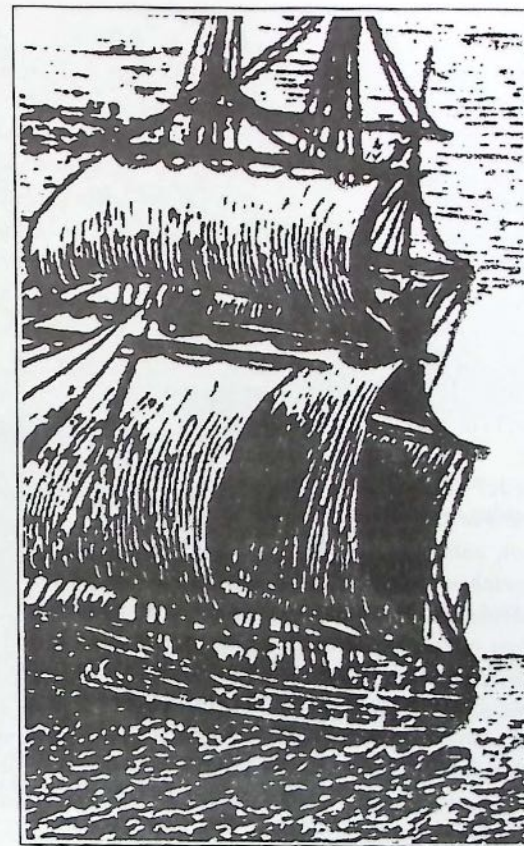
bueno. Un día entero era llegar y arreglar una «rancho» hecha de velas, con los aparejos, y ahí dormíamos y más allá hacíamos fuego, tomábamos mate, hacíamos chapaleles de harina hervidos en el agua y comidas con los víveres que llevábamos de Calbuco.

P.: Mucho tiempo estaban en las cordilleras o en las Guaitecas?

R.: Dependía, en las cordilleras cada ocho días llegaban las lanchas a buscar los mariscos, cuando echaban de ver que teníamos 50 ó 60 sacos, y eso lo hacíamos en una semana porque había marisco; en un día se sacaba veinte sacos. En las Guaitecas era otra cosa, ahí estábamos por temporadas de seis meses, volvíamos para el 18 (septiembre) y luego hasta el Año Nuevo, ahí no se ve gente...

P.: ¿Y por qué cree usted don Miguel que desapareció la sierra?

R.: Porque cuando comenzaron a trabajar los japoneses, y vinieron con tremendas redes, barrieron con todo y se lo llevaron y por eso desapareció. La sierra estaba amontonada porque



varaban, uno iba a traer cien o trescientas sierras en una marea, y con eso vivíamos. A nosotros nos vinieron a quitar el pan de la boca. Sabe qué, el extranjero nos está haciendo sombras y el que tiene la culpa son los gobiernos, ¿por qué dejan entrar a esa gente que le viene a quitar el pan a los renuevos que vienen llegando después? En años más no va a haber leña, no va a haber nada, ya terminaron con la pesca, ya

eso está terminado. Claro cuando vienen, primero hay buen pan, buena cocina y después cuando ya terminó hay dolor por todo el tiempo.

P.: ¿Qué hacían con tanta sierra que pescaban?

R.: Cuando las fábricas no recibían las sierras, nosotros hacíamos un «curanto de sierra»..

P.: ¿En qué consistía el curanto de sierra?

R.: Se hacía igual que un curanto de mariscos, entonces se cortaban palos y encima de las piedras calientes se ponían los palos cruzados y luego se ponían hasta 25 sierras encima y tapa, con sacos y tierra. Esto lo



dejábamos en la tarde y lo sacábamos al otro día en la mañana. Una vez que estaban cocidas las desmenuzábamos y las poníamos a secar arriba del collín con una parrilla. Era una excelente comida de pescado. Una vez que estaba seco lo poníamos en cajones con cartones y lo guardábamos para el invierno. Con porotos eran ricos. El que tenía cuatro o cinco cajones de «sierra curanta», era igual que tener un corde-

ro en ese tiempo.

P.: ¿Y en ese tiempo habían brujos?

R.: Había, yo vi brujos. Una vez me querían hacer dormir afuera pero no pudieron porque yo le sabía un secreto. De repente se aparecen animales raros en la noche. Nosotros una vez vimos un oso y desapareció, y qué oso va haber acá pues oiga. Se hace de toda clase de formas. Una vez me hicieron lesa y casi me hicieron amanecer afuera. Hay que decirles cosas malas, hay que echarles garabatos para que lo deje de hacer lesa en el monte.

P.: ¿Dónde antes había brujos?

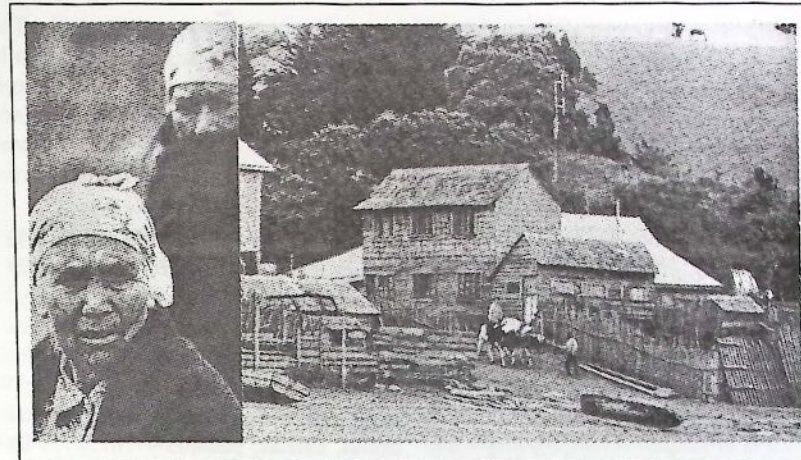
R.: En la isla de Guar, en la isla de Chauques, en Chiloé, ahí está la mata.

P.: ¿Y cómo es el brujo?

R.: El brujo es un hombre como nosotros nomás, dicen que tiene un cuero, con ese le envola altiro nomás. Es una sabiduría mala esa «güevá»...

P.: ¿Cuál es la forma de pillar a una persona que es brujo?

R.: Se ponen agujas en la puerta o atravesar un quelgo que se teje y estan-



do adentro, no sale.

P.: ¿Es cierto que usted ha visto el Caleuche?

R.: Sí, yo una vez estaba balseando aquí en Caracolito a Leoncio Álvarez, y de repente pasó un tronco grande como de 50 metros. Pasó por la popa de mi chalupa y nos dimos cuenta que era el Caleuche, porque nos dejó «brutas olas» y al otro día como a la una de la mañana estaba todo iluminado fondeado abajo de la capilla de El Rosario y después desapareció. Tenía luces rojas y verdes.

P.: ¿Y ha visto otros Caleuches?

R.: En Daitao vimos otro, se parecía azul marino, tenía como cañones, esto fue por donde los Wistuba, y no lo fuimos a ver porque nos podía hacer cosas raras. Esto nos pasó cuando andábamos pescando con Uribe y Bustamante antes de llegar a los islotes

en San José de Quihua. Allí nos apareció el Caleuche, era como un submarino.

P.: Para finalizar, ¿qué otra cosa nos podría contar don Miguel?

R.: Sí, por ejemplo en la cordillera dos alemanes que venían arrancando de Argentina después de la Guerra Mundial, ellos bajaron por Bordahue y pasaron a ver una animalá y escucharon gente como de un pueblo. Y después cuando buscaron los animales y señales de gente no encontraron nada, había desaparecido eso. Era como un pueblo encantado. Porque allí hay instalaciones como una ciudad, y dicen que por Puelo, por allí empieza, pero no se deja ver. El Caleuche da plata, pero el brujo no sirve para nada. Antes el Caleuche acampaba abajo en Huito, en el mes de junio. Es una ciencia oculta, «magia», pero existen y se esconden en la cordillera...

# CASTRO, CASTREÑOS Y CHILOTES 1960-1990

Con un título muy particular el historiador de Chiloé D. Rodolfo Urbina Burgos cierra un ciclo de publicaciones que venía realizando acerca de la vida cotidiana de la Isla Grande. Específicamente, aludiendo a su ciudad natal, Castro.

Recordando las obras publicadas por Urbina, diremos que en el año 1983 publica la investigación más importante que hasta ahora se haya hecho acerca de Chiloé colonial, intitulada «La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII». Luego siguiendo su trabajo investigativo, publica en 1990 «Las misiones franciscanas de Chiloé a fines del siglo XVIII», como también «La vida cotidiana en un pueblo de Chiloé: Castro 1940-1960». Obra que comentamos en «Impactos» en el año 1991.

«Castro, castreños y chilotes» (1996), ediciones Universitarias de Valparaíso es un libro fresco, que recién en marzo el autor, en una edición limitadísima, pone en los escaparates.

Sin embargo, el libro no es un estudio histórico como Urbina nos tiene acostumbrado, sino una percepción del autor sobre el trajinar de Castro y sus alrededores en un lapso de 30 años.

Vemos en dicha obra las transformaciones que ha experimentado la ciudad chilota, tanto en su lineamiento o trazado urbano como su arquitectura pública y comercial, la que de manera palmaria se expresa después de los acontecimientos del terremoto del 22 de mayo de 1960 y la resaca económica que ha traído el auge de

las empresas salmoneras en la región.

Pero eso no es todo, Urbina se adentra en una especie de catarsis para darnos un panorama social y político, cuya implicancia a unos los hará regresar al pasado y a otros naturalmente les causará indiferencia.

Describe de manera espléndida bahías, caletas, pueblos y villorrios de Chiloé. Se interna con gran sensibilidad a las costumbres de cada lugar. El *curanto con chapalele*, el *pebre chilote* y toda la variedad gastronómica están descritas en este libro, y, en la medida que nos compenetramos al texto nos invade una atmósfera de sabores, humedad, lluvia y nostalgia. Porque el libro nos ofrece una *revuelta* hacia aquellos años de la infancia y juventud, en un Chiloé en que la gente compartía los mismos intereses y vivía más en comunidad. Un redescubrimiento de la identidad cultural.

Vemos en su relato la vida de los *lancheiros* y *cholgueros*; los goleteros de Alao, Tac y Cailín, el cabotaje entre Chiloé y Puerto Montt, específicamente Angelmó, donde los chilotes vendían sus papas en sacos de lino de 80 kilos, o en *almud*.

Recuerda el historiador las *novenas* religiosas de antaño en las casas de los vecinos, para San Antonio o la Virgen del Carmen, donde al final del *remate* de la novena los acompañantes degustaban una sabrosa comida o corridas de cosas dulces.

Observa el escritor desde un bote la bahía de Castro en el año 60, y ve como

en los 70 se extinguen las lanchas veleras y el típico comercio abajo en la calle Lillo, donde uno iba a comprar verduras, chaitunes, huevos, pernils de chanco ahumado o conseguir algún almud de cholgas para el curanto.

La «*pampa de los Padres*» en calle San Martín, grandes recuerdos invoca, el camino de la *Chacra* que de repente se llenó de casas y poblaciones.

Incorpora Urbina los aspectos mágicos del pueblo chilote, los presagios y creencias, el tiempo de los *triales* nocturnos, que con su grito *auccionero* parecía traer puras malas noticias.

Recorremos en el libro «Castro, castreños y chilotes» las calles de Castro de aquellos años cuando el harina se vendía en arrobos y el aceite en octavos, y los vecinos engordaban chanchos con la *lavaza* y las *raspaduras* de papas de varias casas que se las guardaban, asegurándose así para el invierno un suculento de prietas, chicharrones, sopaipillas y chaguas.

Por cierto, eran los años de la solidaridad, del trueque y del *emprestarse* cosas, sea azúcar, yerba, arroz y otros menesteres. Porque si el chilote tenía que morir de algo, sería de cualquier cosa, menos de hambre, porque desde las postrimerías de la colonia que se las venía ingeniando para pasarse el tiempo y superar la pobreza, aún cuando estuvieron en guerra contra Chile entre 1820-1826, donde producto del blo-

queo naval de las tropas aliadas sufrieron las consecuencias de la escasez.

No cabe la menor duda que la obra de Rodolfo Urbina es como un museo de nuestra vida cotidiana, donde cada detalle importa y cada esquina de los años ayuda a la reconstitución de la memoria, a recuperar un tiempo que irremediamente se nos parecía perdido; y hoy nuevamente está con nosotros, para compartirlo con intimidad y cariño, junto a los amigos o en familia.

Admiro, y lo digo sin falsa modestia,

la capacidad intelectual de este investigador e historiador para recordar los detalles de tantos lustros, y llevar de manera secuencial el hilo del tiempo y los acontecimientos; las calles nuevas, las casas recién construidas, etc.

Más admira la calidad y forma de presentar los hechos con liviandad y savoridad.

Es un libro que se deja leer, y por qué no decirlo, querer y apreciarse. Se nota que

Urbina es un amante ineludible de su tierra chilota, porque la gran mayoría de su vida la ha dedicado a estudiar su historia y recuperarla. Por los cuatro costados de este libro *retolla* de nostalgia, del tiempo ido, de los que ya no están y nos llevan la delantera.

Y como poeta de la historia, Urbina llega igual que Cupido con su flecha empática al centro del alma y el corazón.

Esteban Barruel



# EL EMISARIO

Cuento de la obra "Diez solitarios", de María Cecilia Cerda, próxima a ser editada en Punta Arenas.

Cuando el avión de Monseñor despegó del aeropuerto al otro lado del mar, lo primero que hicieron las sonrientes aeromozas fue proveerle de una buena cantidad de lectura. En todos los periódicos, sin excepción, aparecía su imagen, cuando levantando una mano gorda y rosada a manera de bendición, se había despedido de sus fieles seguidores. Incluso en una fotografía aparecía la mujer que había roto la barrera policial para abalanzarse sobre él tirando de sus ropas. Con esa sonrisa beatífica que no se borraba jamás de su rostro lleno y bonachón, Monseñor había proseguido su camino hacia la losa.

Era lo más indicado, decían los diarios de esa mañana. En aquél lejano país reinaba el caos; la confusión tenía a los hombres al borde de la guerra civil, escaseaban los alimentos y los impíos y pérfidos sólo se preocupaban de saciar sus ambiciones. Entonces, ¿quién más que aquél venerable señor, pastor de tantas ovejas, que aquél hombre generoso y desprendido para ir a

predicar la paz y sembrar la armonía?

Monseñor tenía plena confianza en su misión. Había bromeado con las aeromozas y se había servido algunos sorbos de whisky durante el vuelo. Los salvajes son también hombres de Dios, pensaba, y el leve fastidio que le producía el abandonar por un tiempo su cómoda y abrigada mansión clerical, lo compensaba con la satisfacción que le provocaba el pensamiento de que su fama se extendería ahora más allá de su diminuto país. Se sabía en su nación un ídolo indiscutido. Poseía el don de la palabra con que dota el Creador a algunos de sus elegidos. Se le había puesto su nombre a una calle, (gran honor para un simple mortal que aún no traspasaba el umbral del Paraíso) y todavía más: algún inspirado compositor de la nueva generación, había hecho popular una hermosa y rítmica canción que hablaba del líder de las multitudes. Por esos días también, los escaparates mostraban su fotografía, donde aparecía acariciando la cabellera de un niño muy

rubio.

Incluso el color que estaba de moda ese verano entre sus alegres compatriotas era eco de una nueva modalidad que él había impuesto, una reforma, por decirlo así: los accesorios de su sagrado traje no lucían el púrpura tradicional que ostentan estos ministros de Dios. Claro que no. Había optado por el celeste para sus ornamentos. Después de todo, ¿no es celeste el color del cielo? El púrpura le parecía más bien una blasfemia, le recordaba patéticamente que ese color debía imperar en el infierno, donde las almas impuras se asaban lentamente en el fuego de sus pecados.

Cuando el avión de Monseñor venía viajando a miles de pies de altura, en el remoto y moreno país anfitrión se había reunido el Gabinete en pleno con su Jefe de Estado.

No habían podido llegar a un acuerdo con respecto al protocolo en ese magno acontecimiento. Mientras algunos piadosos y conservadores ministros consideraban que debían inclinarse y besar el anillo de Su Eminencia, otros, jóvenes y protestantes voces modernas, veían aquéllo como algo completamente obsoleto y opinaban que con estrechar la diestra del ilustre visitante bastaría. Hasta hubo alguien que estimó que, para no dar la razón a unos ni a otros, lo mejor sería saludarlo levantando la mano en son de paz. Más, su moción no encontró acogida al recordársele que,

generalmente ese es el saludo que intercambian blancos e indios en las películas de vaqueros. El Presidente, por su parte, que llevaba sobre sus hombros la carga de una vieja y mal tratada dislexia, pensó, aunque no lo comunicó a nadie, en las desagradables consecuencias que podía traer consigo el hecho de que él se equivocara al levantar la mano y saludara con la no muy conveniente en esos tiempos de pugna política.

Al fin triunfó la cordura y la experiencia de los hombres viejos, como suele suceder, y se acordó que el besar el anillo del prelado no menoscabaría en nada su condición de hombres recios, amén que les permitiría observar de cerca la hermosa joya tantas veces comentada por la prensa internacional como una de las más valiosas herencias de los templos del Señor.

Cuando Monseñor bajó las escaleras del avión, el viento le jugó una mala pasada y sus largas y santas vestiduras se enrollaron alrededor de su bien perimetrada figura. La multitud rió ante el insólito espectáculo, mientras el mensajero de la reconciliación sentía un cosquilleo desconocido que le bailoteaba en el vientre. Pero todo no fue más que un incidente, un pequeño incidente, del que se aprovecharon los diarios de la oposición para mostrarlo al día siguiente en sus portadas con su rolliza figura vacilante y una mano sujetando sus celestes abalorios.

La televisión mostró esa noche

a los ministros, respetuosos y acartonados, quienes, con una estudiada reverencia, besaban su mano suave y tibia, donde, por cierto, no se veía anillo alguno.

Esa noche tuvo que asistir a una cena de gala, donde pronunció un discurso que, según dijo al principio sería breve, pero con el cual terminó entusiasmándose a tal punto de no percatarse de las miradas inquietas de sus guardaespaldas ni de los bostezos mal reprimidos de los invitados. Fue sólo cuando, poseído de santa ira golpeó violentamente la mesa y derramó una copa sobre el vestido negro de la señora del alcalde, que se dio cuenta de lo cansado que se encontraba. Así pues, terminó su discurso dando gracias al Altísimo por haberlo traído sano y salvo hasta ellos.

Ya en su habitación, ubicada en el mejor hotel de la ciudad, como correspondía a su categoría, reflexionaba sobre la prudencia de no haber traído consigo las joyas con las que habitualmente se presentaba en público. Había leído que en este país existía gente hambrienta, y bueno, nunca se sabía. Después de decir sus oraciones, con el alma en paz y la barriga llena, se durmió.

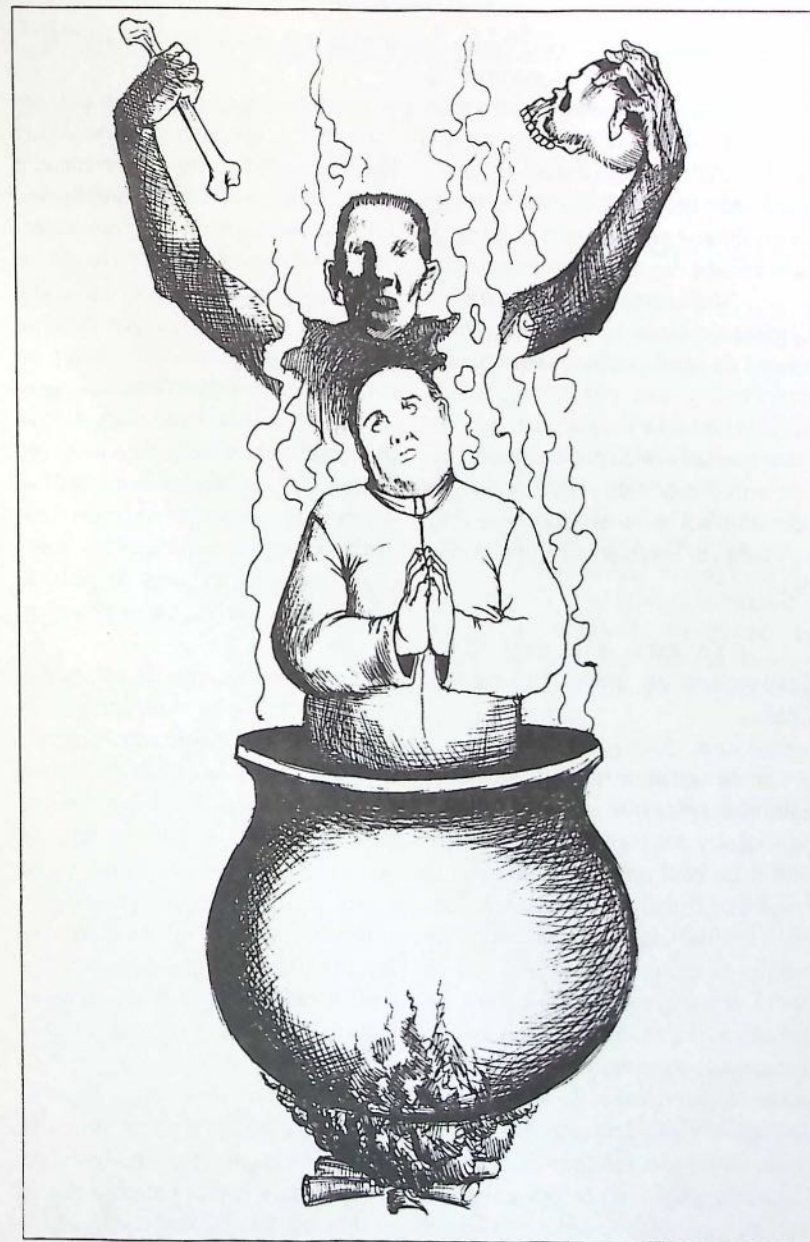
Sucedió a la mañana siguiente. Al concurrir temprano a misa, acto sagrado al que asistió sin sus guardaespaldas, quienes se situaron

fuera de las puertas de la iglesia, a la salida de la nave un par de ciudadanos le interceptó para pedirle que los acompañara al Palacio de Gobierno, para desayunar. Pero a medida que el automóvil devoraba cuerdas, una leve inquietud comenzó a formarse en él, a la vez que volvía a sentir ese molesto bailoteo en el estómago, al darse cuenta de que disminuía paulatinamente el tránsito de vehículos y que se estaban internando por un camino alejado. Quiso protestar, pero sus acompañantes lo bajaron a empellones y lo subieron a una furgoneta donde esperaba un par de hombres de dudoso aspecto. Le vendaron la vista y sin muchos miramientos, lo tiraron dentro del vehículo. Al caer se golpeó la cabeza contra un cajón, y el dolor, sensación hacía tanto tiempo olvidada, le produjo un extraño asombro.

Al llegar a alguna parte, lo bajaron sin contemplaciones y alcanzó a escuchar que uno de sus captores reconvenía al otro por su brusquedad, pero si había abrigado esperanzas de encontrar vestigios de humanidad en esos hombres, este se desvaneció al escuchar la respuesta del otro:

-Cierto. Lo necesitamos entero para el rescate.

Allí comenzó su calvario. Día y noche lo vigilaban turnándose los dos hombres de ceño adusto y pómulos altos, encerrados en un hosco y amenazante mutismo. Al principio quiso



dialogar con ellos, pobres criaturas de Dios, para hacerles ver lo profundo de su error. Pero un violento bofetón dado sobre su rostro por su vigilante, seguido de un "¡Cállate, viejo imbécil!", que le dolió más que la visión de la sangre escurriéndose por su abultado pecho, le hizo desistir de sus buenas intenciones.

Nadie hablaba con él, pero desde la pieza contigua le llegaban a veces retazos de conversaciones entre los dos hombres, y una vez se detuvo un vehículo frente a la casa, pero no pudo saber quiénes eran ni qué deseaban. Otra vez creyó morir de terror cuando se acercaron sus captores dialogando entre sí, y luego de contemplarlo, uno de ellos dijo:

-Yo creo que deberíamos desfigurarlo un poco para mandar fotos...

Mientras tanto, en la ciudad se habían desplegado todas las fuerzas policiales y los partidos de oposición, cuál más, cuál menos, se atribuían la responsabilidad del secuestro. Los diarios sensacionalistas hablaban, ya sin ningún respeto, insinuando, ¿quién podía decir que no? que tal vez Su Eminencia había desaparecido ante la tentación de alguna criolla belleza. A los medios de información llegaban decenas de cartas y de llamadas anónimas, pidiendo subidas sumas por el rescate. La policía, sumida en caótica actividad, cada vez que parecía tener una buena pista, volvía a cero, como en un

truculento juego de nunca acabar.

En el alegre y lejano país de Monseñor, el estupor hacía presa de sus habitantes. El Supremo Gobernante, a quien habían divertido mucho las veladas pasadas con su religioso amigo, dispuso el inmediato retiro de su embajador, pero al recordarle sus consejeros lo inconveniente de su proceder, puesto que si se rompían relaciones los intereses comerciales y el intercambio industrial entre ambos países sufrirían un serio revés, al mismo tiempo que la economía de mercado se deterioraría, decidió que no debía, pues, precipitarse, y como siempre que debía enfrentarse a un problema de peso, se retiró a la Isla del Sol, para reflexionar.

Los guardaespaldas, que habían permanecido fieles esperando en la habitación que el viajero había ocupado sólo una vez, a la espera de alguna noticia, comenzaron a inquietarse cuando el gerente del hotel les dijo, sin mayores rodeos, que allí comía el que pagaba, y si no había quién pagara, pues entonces... y un día cualquiera decidieron tomar sus pocas pertenencias y partir calle abajo, en busca de algún trabajo que les permitiera vivir decentemente.

Al pasar el tiempo, volvía la calma. En el lejano país de Monseñor, sus habitantes habían decidido que el color celeste estaba muy visto y en las calles y en los cafés se hacían apuestas

acerca del color que lucirían las vestimentas del nuevo prelado, una vez éste fuese nombrado. Por su mensaje de esperanza y por su natural alegría, la mayoría convenía en que lo mejor sería que optara por el verde nilo. Las antiguas fotografías fueron retiradas de las vitrinas y la canción de moda pronto fue reemplazada en balnearios y centros de entretenición.

Entretanto, en aquél moreno territorio de hombres de pómulos altos, ante la imposibilidad de resolver el caso, la policía lo había archivado y se encontraba ahora abocada a solucionar un intrincado caso de muertes por envenenamiento. Los diarios y la policía seguían recibiendo, esporádicamente, peticiones de rescate y cartas amenazantes, pero ya nadie hacía caso de ellas. Una vez, incluso, se recibió una borrosa fotografía de un pobre mendigo con un ojo hinchado y la boca rota, lo que había hecho murmurar al Inspector:

-Ya no saben qué hacer para llamar la atención.

En las calles se había desatado la violencia. Los vidrios estallaban al paso de las hordas y hasta se dio el irrisorio caso de que los estudiantes de cierta universidad irrumpieron en una sesión de señoras, arrojándoles ratas de laboratorio.

A las seis de la mañana de un

helado día de junio, una furgoneta de color crema se detenía al lado de una acequia en las afueras de la ciudad y después de lanzar un bulto por la puerta trasera, desaparecía raudamente.

Ya nada quedaba de Monseñor. Ese montón de huesos que durante tanto tiempo estuvieran forrados de abundante adiposidad, colgaba inerte a un costado del camino. El aire frío de la mañana lo despejó un poco, y como pudo, se acercó vacilante a la carretera principal. No vio la camioneta que se acercaba a toda velocidad. No escuchó el pitazo de advertencia. No sintió nada. Nunca más.

Quedó caratulado en la morgue como N.N., muerto en la carretera número 5 al intentar atravesarla en estado de ebriedad. Ningún periódico le dedicó una línea. Los estudiantes de la facultad de medicina se congratularon por esta nueva presa que venía a engrosar sus escuálidas arcas.

Mientras tanto, en un lejano país perdido entre las montañas, al otro lado del mar, la gente intentaba comprender las extrañas enseñanzas del nuevo Monseñor, que no había aceptado lo vistieran de verde, que predicaba la humildad, y andaba por allí, pregonando las doctrinas de un antiguo y olvidado filósofo, a quien las polvorientas escrituras de los albores de nuestra era mencionaban con el nombre de Jesús.

# ¿CRIMEN DE UN BRUJO ORDENADO POR UN CACIQUE?

Por Carlos Vega Delgado

Varios fueron los crímenes que quedaron impunes a fines del siglo pasado en Patagonia y Tierra del Fuego, sin embargo hubo uno que concitó el interés ciudadano, por cuanto se acusó de la autoría al hijo del cacique aónikenk Papón, quien habría actuado cumpliendo una orden nada menos que del mítico cacique Mulato.

Los acontecimientos permanecen guardados en un viejo legajo del Archivo Judicial de Punta Arenas en el Archivo Nacional, señalando la carátula: "Juzgado de Letras de Magallanes. Archivo 186. 2 de noviembre de 1899. Contra el indio Aquidián. Secretario: Gaymer. Juez: Waldo Seguel. Ingresó el 27 de enero de 1899".

La investigación se inició el 19 de enero del último año del siglo pasado, cuando Pedro Zúñiga se presentó ante la policía para decir que por mandato del indio Cornelio daba cuenta de haber sido muerto el indio Buendía en el campamento de los indios patagones, acusando como responsable al hijo del indio Papón.

Cornelio comparecería el 25 de enero ante el juez, diciendo que "hace

veintidós días hoy que mi hermano Buendía fue muerto por Aquidián a puñaladas. Según he tenido noticias del indígena Mulato creyó que mi hermano era brujo, lo que no es verdad, por lo cual comisionó y ordenó al indio Aquidián que diera muerte a mi hermano en el lugar donde lo encontrara (...) ...en el lugar denominado Cerro Pampas, distante de Punta Arenas como 40 leguas, mandé a mi hermano a buscar provisiones y fue en compañía del indígena Huayaco y como a una legua de distancia, Aquidián encontró a mi hermano y le dio licor hasta emborracharlo y cuando estaba en ese estado le dijo a Huayaco que fuera donde yo estaba y me pidiera prestado un caballo y en ese tiempo Aquidián mató a mi hermano y lo dejó en el suelo (...) Yo tenía conocimiento de que Mulato había dado orden de muerte para uno de nosotros por noticias del cristiano José Zúñiga, que me las dio en días anteriores diciéndome que no bebiéramos y nos guardáramos de pasar cerca del Mulato". (1)

El 8 de febrero, Mulato era puesto a disposición del Juez, negando toda responsabilidad y declarando que



Cacique Papón.

era "completamente falso que yo tomara a Buendía por Brujo lo haya mandado matar". (2)

Tras esta diligencia serían llamados a declarar el cabo de policía Pedro Pacheco, José Zúñiga y Huayaco. Ninguno de los tres lo haría, sólo declararían un tal Vásquez, manifestando que el lugar del homicidio distaba a 70 leguas de la residencia de Mulato y que "el indio a quien se atribuye el hecho ni pasó por las casas de Mulato, sino que venía directamente de la Argentina y que el único que debe tener conocimiento de los hechos es Juan Brito, comerciante ambulante de licor en los campos, quien dice que después de cometido el crimen, el indio autor del hecho se arrancó en un caballo de su propiedad". (3)

El promotor Adriaizola Cruz solicitaría con fecha 12 de agosto el sobreseimiento temporal, que sería

acogido por el juez Waldo Seguel hasta hallar mejores datos que permitieran proseguir con la investigación.

El 26 de septiembre de 1899, a fojas 10, la Corte de Valparaíso aprobaría el auto de sobreseimiento temporal de fecha 17 de agosto.

Finalmente, el 2 de noviembre de 1899, el expediente, de sólo 10 fojas para una investigación de asesinato, sería archivado, iniciando así un sueño de casi un siglo, que sólo terminaría cuando "Impactos" lo desempolvó desde el Archivo Nacional para dárselo a conocer a sus lectores.

- 1.- Fs. 2 y vta.
- 2.- Fs. 3 vta..
- 3.- Fs. 5



Cacique Mulato

# DONDE LA IMPUNIDAD DEBÍA SEGUIR SU CURSO

(Santa Cruz y su sangre IV)

Escribe especial para impactos, Pedro Gamma. Junio de 1996.

Al tiempo de este relato un gendarme de la comisaría de Lago Argentino, Argüelles, cabalga con sombrero y botines de un fusilado: León Dehesa; su caballo luce montura de la víctima, en tanto que el impermeable de Mateo Albarracín cuelga del perchero del comisario y puede ser usado por el que lo necesite en la primera llovizna. Dehesa y Albarracín fueron fusilados el mismo día que Crocha y la indagatoria de testigos fue dibujando un cuadro de impunidad en aquel rincón argentino.

¿Cómo ocurrieron las cosas?

22 de enero de 1922.- Pedro Crocha, empleado de la estancia Rincón de Liniers, es detenido por el comisario de Lago Argentino, Félix Valenciano y comisión; no aparecerá con vida. Teófilo Argüello confesará en Formosa en 1973 su responsabilidad sobre esta muerte.

14 de abril de 1922.- El juez Viñas comienza a tomar declaraciones, hacien-

do caso omiso a las denuncias de asesinatos y robos que recibe de alguno de los interrogados, donde se dan nombres y apellidos, donde se incluye al mismo ejército argentino, y en alguno de sus oficiales -como Frugoni Miranda- de secuestro y coima... Otros reclamaban sus perros de trabajo. La libertad va alcanzando a los denunciantes por falta de

...y la indagatoria de testigos fue dibujando un cuadro de impunidad en aquel rincón argentino.

méritos, pero el abogado recomienda no insistir sobre sus reclamos.

6 de junio de 1922.- El juez Viñas abre un expediente contra Félix Valenciano -comisario en Lago Argentino- que en complicidad con el sargento Ludovico Tjetjen detiene, intimida con una libreta negra don-

de tendría los nombres de las víctimas dejadas por Varela y exige compensaciones económicas para salvarse. Tras la denuncia de Juan Yrigoyen, que es desatendida, se suman las inquietudes de estancieros y comerciantes que llevan a Yza a solicitar la instrucción judicial correspondiente. Se los inculpará de la muerte de León Dehesa, Mateo

Albarracín y Antonio Crocha, muertos por no pagar.

20 de julio de 1922.- Termina la policía las actuaciones por el caso Valenciano -Tjetjen sin que se interroge a los comisarios Manzano y sub-comisario Vera -amigos del gobernador- ni se busquen los cadáveres de las víctimas de la extorsión policial.

31 de julio de 1922.- Se ordena la captura de Valenciano y Tjetjen.

11 de agosto de 1922.- Diego Bagnasco, jefe de la policía volante-radical eleva el pedido de captura de Valenciano y Tjetjen al juez Viñas.

17 de agosto.- En el caso Valenciano-Tjetjen toma vista el fiscal que no promueve. Tjetjen se radicará en Punta Arenas, donde trabajará de botero, en tanto que Valenciano, gracias al espíritu de cuerpo policial, seguirá su carrera en distintas reparticiones del interior y será de-



vuelto a Santa Cruz en 1925 desde Tartagal-Salta. El juez O'Connor lo procesará y lo embargará; después quedará sobreseído. Es que en su alegato había hablado de la obediencia y de «que el principal responsable de los sucesos de Santa Cruz es el señor Yrigoyen (Presidente de la Nación)».

De por medio se desarrolla un

sumario irregular y la modorra oficial permite el alejamiento de los responsables del crimen que aquí exploramos. El primero en intervenir en la investigación fue Francisco Julia, juez de paz de Puerto Irma. En las «pericias» aparece un segundo testimonio del gendarme, aunque reconoce haber estado presente en el asesinato de Crocha, diciendo que ocurrió el mismo día en que lo fueron a buscar a la estancia «El rincón de Liniers», que lo traía el comisario Vera, Valenciano, Haun y Arguelles, que Valenciano se retrasó y lo fusiló. Vicente Pucheta, sargento de policía, afirmó que al día siguiente enterró a Crocha, que había quedado en el campo, y afirmó que Dehesa y Albarracín fueron fusilados por Tjetjen. Ramón Mazzini, gendarme, aseguró que fue informado por Pucheta sobre el lugar donde se enterró a

En las «pericias» aparece un segundo testimonio del gendarme, aunque reconoce haber estado presente en el asesinato de Crocha...

Dehesa y Albarracín, era un cañadón y se encontraban separadas en más de cien metros una de otra. César Mojón, detenido por su afinidad con Antonio Soto, escuchó comentario de los policías en sentido de haber sido Crocha asesinado por Valenciano -el que lo enterró en una loma-, en tanto que Tjetjen fusiló a Dehesa. Juan Echeverría preguntó por el paradero de León Dehesa, y el subcomisario Vera, que primero le había dicho que era un hombre compro-

metido con la revuelta, aseguró que había sido puesto en libertad.

¿Qué agrega la policía a esta investigación?

No se interroga a los jefes policiales de Lago Argentino: Manzano y Vera. No se intenta buscar ninguno de los cadáveres. Llegado el trámite a manos del juez Ismael Viñas, quien a poco deberá lidiar con un nuevo gobernador, el antiguo juez de extracción conservadora Germán Vidal (ya había sido gobernador la década anterior), toma vista y deja morir el expediente.

El año 23 el trámite de despereza por acción del fiscal Bartolomé Pérez, no existiendo provanzas en el expediente sobre alguna acción de su parte. Un nuevo jefe de po-

licía preguntará a un nuevo juez, Héctor Altamirano, si sigue vigente la orden de captura contra Valenciano y Tjetjen, pero no recibirá respuesta. Llegará otro, el doctor Díaz Moreno, y le contestará que sí; para entonces la autoridad policial descubre que Valenciano se encuentra en Formosa y Tjetjen, que ha dejado la policía para hacerse botero, fue visto en nuestra Punta Arenas.

La captura de Valenciano se producirá recién el 2 de mayo de 1925. La

extradición de Ludovico Tjetjen nunca será diligenciada. ¿Qué fue de él en Magallanes? Sólo tenemos información del implicado que decidió permanecer en territorio argentino:

Félix Valenciano, recomedado a la policía de Río Negro, prestará servicios hasta diciembre del 22, cuando informado sobre el descubrimiento de su paradero emprenderá un viaje más largo.

Llegará a Formosa, en la frontera con el Paraguay, donde una nueva recomendación le permitirá continuar con su oficio policial, llegando a ser subcomisario en Alto de la Sierra. Es allí cuando el subcomisario Félix Valenciano recibe un día un telegrama para que capture a un sujeto prófugo: Félix Valenciano; en el acto de leer las instrucciones, este doble sujeto se interna en territorio boliviano.

Las añoranzas de la patria lo vuelven al país, y es en Salta donde será designado subcomisario de Aguaray, y más tarde de Tartagal. Hasta allí llegará la orden de captura el 2 de mayo del 1925 y en virtud de ésta emprenderá un largo viaje que lo devolverá el 30 de julio a la Santa Cruz que lo reclamaba.



El cerco, que inicialmente debía contener a los sospechosos de la impunidad y la muerte en Lago Argentino, luego de las matanzas del 21, sólo contiene a uno de los implicados: Félix Valenciano.

El hombre llega con arrogancia a los estrados que tanto lo reclamaba, asegura no necesitar de abogados para defenderse, muchas complicidades se habían tejido durante ese tiempo para mantenerlo lejos de toda justicia, y ahora sabía que con tanta impunidad se basta y se sobra. Eran los años de un orden que se apoya en el desorden.

# EL "RESCATE" DEL MONTE CERVANTES

Por Néstor Tadich

*«Corrían las nubes bajo un cielo de azul radiante. Abajo, las aguas del canal de Beagle hervían y sus espumas teñían tonalidades blancas sobre el verde inimitable de su color.*

*«Sobre un insignificante islote rojizo se desarrollaba una titánica lucha. Allí estaba el casco del Monte Cervantes, un día coloso de los mares y hoy monumental carcaza metálica adherida a la roca. Trescientos hombres colaboraban en la maniobra que duró aproximadamente dos horas.*

*«Sin embargo, tras estas breves horas, estaban once años de esfuerzo. Una empresa montada con sacrificio y valentía; hombres con voluntad de acero.*

*«Como contagiados con la pertinaz resistencia del buque -buque que una radiante mañana de 1930 levara orgullosamente sus anclas desde las tranquilas aguas del puerto de Ushuaia, y que pocas horas después pagara tributo al siempre altivo canal, semi hundiéndose al rozar uno de los islotes de Les*

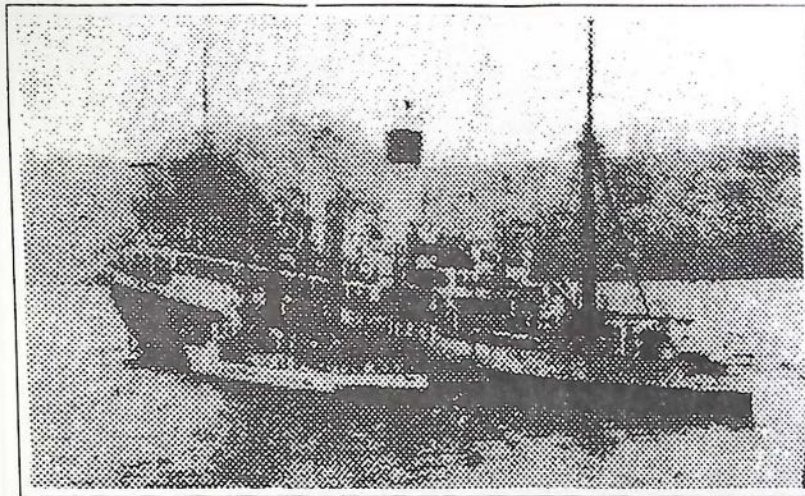
*Eclaireurs...».*

Así comencé a escribir este artículo el 24 de julio de 1954, cuando viajando en Aerolíneas Argentinas sobrevolamos el escenario donde se desarrollaba lo que luego sería un drama.

Allí estaba el casco del Monte Cervantes, un día coloso de los mares y hoy monumental carcaza metálica adherida a la roca.

Efectivamente, tres buques, uno de ellos el remolcador de la empresa y los otros dos de la armada, tiraban y tensaban largos cables, tratando de arrancar el casco del Monte Cervantes de su cautiverio representado por un islote, sobre el cual se encontraba adherido con su casco ahora dado vuelta y toda su arboladura sumergida en el mar.

La empresa Simoncini, interesada en reflotar esta nave, inició por los años 1943 el estudio de factibilidad, logrando del gobierno argentino la autorización para efectuar esta operación. En principio se trataba lograr, mediante tarea de buzos -para lo cual se estimaba convertir parte de esta faena en una escuela para personal especializado-, el cubrir las



El Monte Cervantes hundiéndose (reproducción de una antigua publicación).

roturas del casco, inclusive ojos de buey, inyectar aire comprimido a estos compartimentos estancos y de allí remolcar el buque hasta la costa, para, en aguas menos profundas, proceder a su reflotamiento.

Cuando conocí a don Pedro Simoncini, me explicó que había logrado rescatar algunos motores, ya que al darse vuelta campana el buque, éstos estuvieron protegidos por el derrame de aceites y lograron así salvarse de la corrosión.

No ocurrió lo mismo con el material destinado al pasaje, léase vajillas, etc., el que fue «rescatado» velozmente por los «raqueros», que, rápidamente y utilizando la máxima cantidad de botes y goletas, subieron al buque cuando se encontraba encallado y, por cierto, lo «alivianaron» de cuanto objeto de valor se encontraba a la vista. Por cierto que para aquel entonces era común en

Ushuaia que las viejas familias tuvieran servicios de porcelana y otros souvenirs procedentes del Monte Cervantes, por cuanto los «raqueros» procedieron a su distribución. Téngase en cuenta que el Monte Cervantes llevaba a bordo aproximadamente 600 pasajeros y que la población total de Ushuaia no excedía en mucho esa cantidad.

Pero volviendo a la empresa, ésta encaró el trabajo con los medios existentes en aquel momento (recordemos que aún estábamos en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial) y por cierto el rescate se vislumbraba como un excelente negocio. Sin embargo, el paso de los años y de la posguerra los dejó atados a este desafío que era cubierto en gran parte por personal chileno, que tenía su campamento en el mismo islote y era asistido por goletas que iban y venían llevando aprovisionamiento, etc.



## FRANCISCO COLOANE, DOCTOR HONORIS CAUSA DE LA UMAG

La honorable Junta Directiva de la Universidad de Magallanes, por la unanimidad de sus miembros, ungió con el grado de Doctor Honoris Causa al distinguido escritor Francisco Coloane Cárdenas, merecido galardón en mérito a su dilatada e injundiosa labor literaria como verdadero descubridor de la vida del sur más lejano de Chile.

Coloane es el narrador que le ha dado paternidad a la literatura patagónico-fueguina, relatándola en su más completa intensidad humana. Nació en Quemchi, pequeño puerto enclavado en el

enjambre isleño de la costa suroriente de Chiloé, el 16 de julio de 1910; tierra con sudor de mar que siempre recuerda con ternura adolescente.

Pero, su destino está marcado con el sino de la mayoría de los

chilotes que nacen con una brújula cuyo norte indica el sur. Y un día, niño, por el camino del mar, navegó rumbo al territorio marítimo que la destrozada geografía austral, recalando en Punta Arenas.

Coloane es el narrador que le ha dado paternidad a la literatura patagónico-fueguina relatándola en su más completa intensidad

Y, ¿por qué Magallanes? Él lo ha dicho: «Porque es la tierra en que más he sufrido y gozado. Amo también las esmeraldinas islas chilotas, y sus brumas; pero, fui arrancado muy joven de ese suelo, para ser llevado a Magallanes».

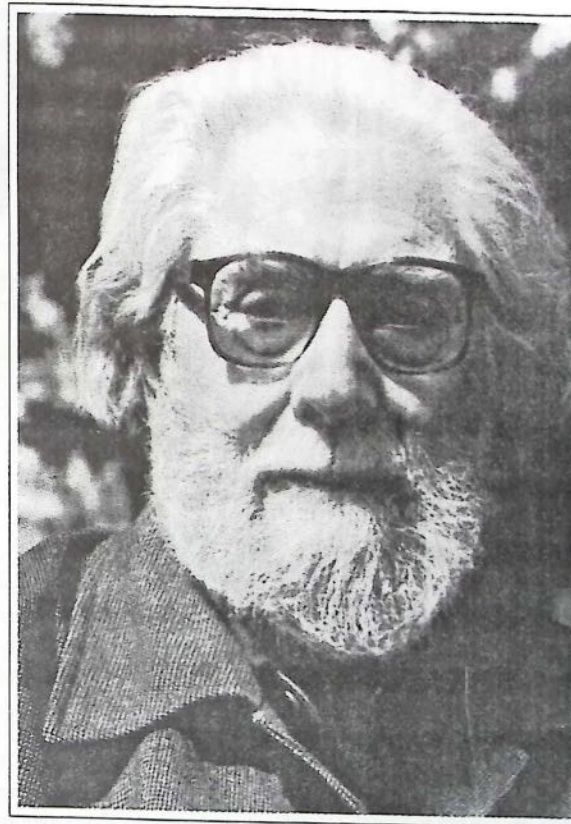
Pensó escribir una gran novela del amor; pero, antes -dijo- he de hacer lo que reclama todo mi ser: una novela de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, donde pueda vaciar la angustia de todos sus horizontes, la maravilla de sus luces, la mezcla de almas y razas de sus hombres, la originalidad de sus pájaros y bestias, sus témpanos,

en fin, todo lo inédito que guardan esos dos pequeños o grandes mundos desconocidos para muchos».

Francisco Coloane ha cumplido. Caminó por la Patagonia paso a paso. Se embarcó como cabo escribiendo en la «Baquedano», buque escuela de la armada, y viajó como escritor invitado al primer viaje a la Antártica.

Al recibir el Premio Nacional de Literatura de 1964, expresó: «Si a alguien le debo este premio es a Magallanes, a la grandeza de sus hombres. Yo en mis cuentos no he dado más que una pálida expresión de valor telúrico y humano que es Magallanes».

El lunes 10 de junio, recién pasado, cuando faltaba un mes y nueve días para que Francisco Coloane cumpliera 86 años, el Embajador Gérard Cros le impuso la



condecoración de la Orden de Artes y Letras de la República Francesa, en el grado de Caballero. Anteriormente, entre los chilenos, la han recibido solamente el paisajista Jorge Caballero y el pianista Claudio Arrau.

Significativo y justo, resulta entonces, el alto reconocimiento y distinción otorgados por la Universidad de Magallanes.

C. V. L.

# 1896: LA NATURALEZA EN LA TIERRA DEL FUEGO

(Segunda parte y final)

Y nos internaremos un poco en rápida excursión, para conocer con más exactitud la naturaleza del país. Pocos pasos más y la espesura salvaje del bosque empieza. ¡Y qué difícil, cuántos obstáculos presenta una marcha en esas vírgenes selvas!

Ninguna clase de camino existe allí, pues los indios fueguinos para comunicarse entre sí recorren los canales en sus ligeras canoas: si hay algún indicio de senda, es la marcada por el guanaco, y por donde, según su costumbre, este animal va siempre a las aguadas, dejando marcado los rastros en sus repetidos viajes; pero esos caminos no son los mejores ni los más cortos, y el viajero prudente se abre camino buscando los claros del bosque. La marcha es lenta y la lucha obstinada, con las ramas que azotan la cara y se enganchan del vestido. A veces matorrales de arbustos de calafate (*Berberis ilicifolia* y *buxifolia*) forman una barrera impasable por las espinas: inútil es atropellar, se dejaría allí el traje hecho jirones y el cuerpo lacerado; más vale orillarlos. Y a cada instante troncos de árboles caídos que atraviesan el camino. La humedad es tanta en estos bosques que los árboles, al cumplir el siglo, tienen ya sus raíces carcomidas por el agua y se desploman al suelo. De manera que cada cien o doscientos años el bosque se renueva por sí

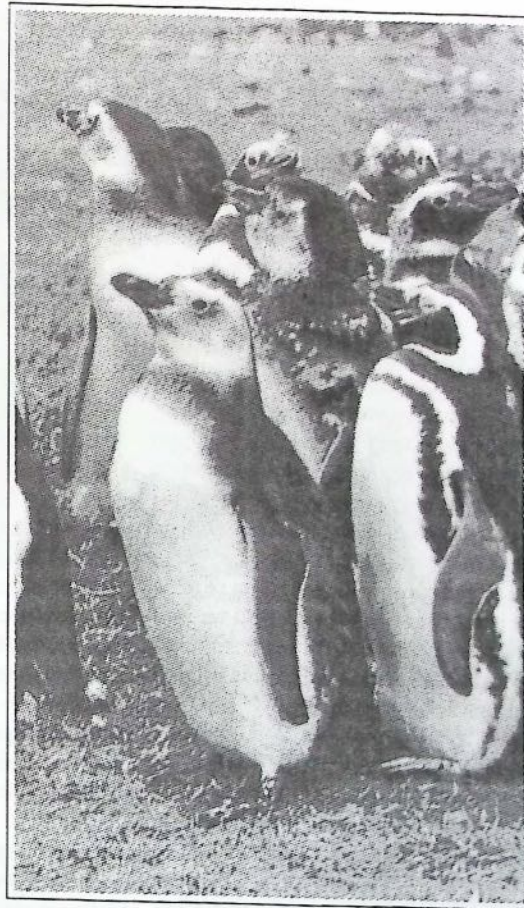
mismo. Esos árboles muertos son la nota característica que impresiona en la marcha penosa a través de un bosque. Se graba en el espíritu una impresión indeleble, viendo el contraste entre la verdura fresca de los brotes jóvenes y esos cadáveres ya descompuestos de los patriarcas de la selva. Se cree asistir a una alegre fiesta celebrada en un cementerio; algo así como la ceremonia de una boda; una novia joven ataviada de flores, en medio de cadáveres cuya descomposición está ya avanzada, y el olor de las tumbas se combina de manera extraña al aroma del mirto y de los azahares... Los árboles caídos están aislados a veces, o amontonados uno sobre el otro en colosales barricadas; y siempre, por todas partes, ese caos de la muerte, ese cuadro de la destrucción... Parece que el soplo de un huracán monstruoso ha pasado por allí, o que sea el campo de batalla de una lucha de titanes.

Y también los troncos caídos, como los que gozan aún de la vida, están recubiertos de espesa verdura formada por musgos, líquenes y helechos. La abundancia de aquellos epífitos que cubren a veces toda la corteza, demuestran claramente hasta qué punto reina la humedad en esos bosques sombríos. En las excrescencias esféricas que suele haber con frecuencia sobre

los troncos y las ramas de las hayas, prosperan numerosas colonias de un hongo pequeño, de forma redonda y de un color amarillento. Su cáscara es completamente lisa y elástica cuando joven, pero llegando a la madurez se vuelve esponjosa; es entonces que se derraman las esporas. Hablo de la *Cyttaria Darwinii*, que los indios buscan como golosina, pero que no tiene ningún sabor definido.

Como en todo bosque espeso y húmedo, escasean aquí las plantas herbáceas que no pueden vivir sin luz y calor. Apenas si de trecho en trecho se encuentra una bonita orquídea de flores blancas manchadas con pequeñas pintitas color rosa (*Codonorchis Lessoni*); hay allí también una planta de la familia de las Liliáceas, muy esbelta y elegante, cuyas flores cándidas tienen un buen aroma, clasificada bajo el nombre de *Callixene marginata*. Aquí y allá algún pequeño césped de violetas amarillas (*Viola maculata*), y una plantita enana de la familia de las Rosáceas, de hojas redondas y de tallo rastroso, el *Rubus geoides* que tiene bayas muy sabrosas escondidas entre las hojas, que recuerda en algo la frambuesa por su gusto y sabor.

Los que abundan en la espesura de



estos bosques son los helechos y los musgos, que en un ambiente tan húmedo y sombrío prosperan a las mil maravillas. Los helechos de esta región son en general plantas muy pequeñas, y hay entre ellos algunos como *Hymenophyllum* o *Trichomanes*, que tienen formas muy particulares, tanto que se confunden con los musgos a los cuales se parecen. Solamente el botánico puede distinguir la diversidad que hay entre

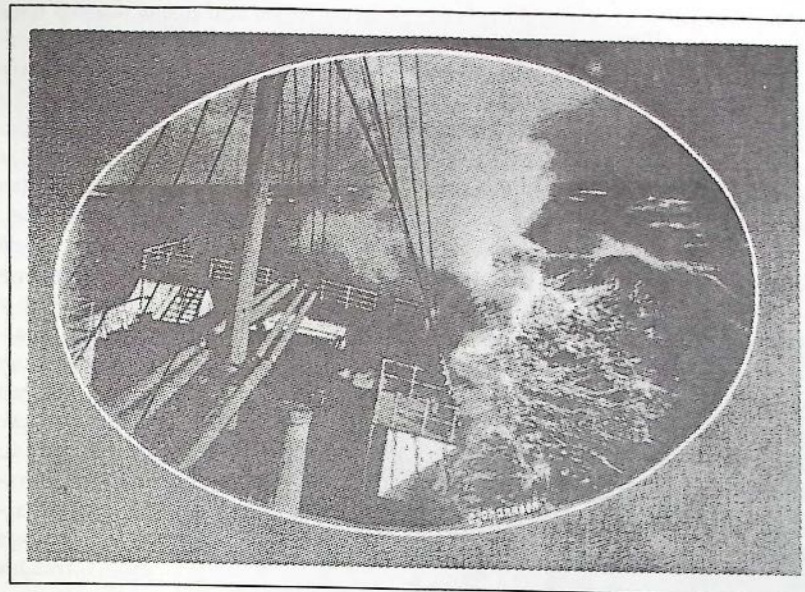
ellos. Sería largo y difícil enumerar todos los hermosos musgos que abundan en estos bosques y que tapizan de una mullida alfombra los parajes más bajos. Amigos de la humedad, cubren el suelo donde ésta es mayor. Veréis un pradito lozano, cubierto de verde alfombra, pero no tratéis de cruzarlo; aquel musgo es traidor, esconde terrible pantano donde os hundiréis hasta la cintura.

¡Qué calma imponente reina en el bosque! No se oye ni el trino de los pájaros, ni el zumbido de los insectos; las aves casi no lo atraviesan: rara vez los loros volarán con su agudo chirrido, o algún pato se levantará del charco, con su graznido penetrante. Sólo acompaña al viajero una pequeña avecilla (*Oxyurus spinicauda* Gmel/Synallaxis Tupinieri Less, et Garn), un ser apenas más grande que un picaflor, de un color gris ceniciento, que a veces en bandadas enteras persigue de rama en rama al viajero con su chillido importuno, como preguntándole: ¿quién eres? ¿qué buscas aquí?...

Esta calma no es tan oprimente durante el día, cuando el sol, penetrando entre las frondosas copas, dora en retazos el paisaje; pero durante la noche se hace insoportable. Muchas veces me ha sucedido tener que pasar la noche completamente solo en los bosques fueguinos, y nunca olvidaré las penosas impresiones sufridas.

Cuando los últimos rayos del crepúsculo se apagan en el cielo y se asoman entre los árboles las brillantes estrellas del Sur; cuando calla la brisa del día y el follaje queda inmóvil; cuando los vapores se condensan en blancos capullos sobre el torrente, y las montañas se velan con una gasa de neblina, y la noche, descendiendo lentamente, estrecha y confunde en un abrazo

arbustos y árboles que se delinean como manchas negras y deformes, -entonces llena el bosque el silencio y la soledad de la tumba. Parece que la Naturaleza entera está helada en un sueño pesado, letárgico. Los seres vivos, si existen alrededor del viajero, han enmudecido en esas horas. De tiempo en tiempo, desde la orilla del mar llegan ruidos extraños, algo como el resuello profundo y compasado de un monstruo que duerme. Es el Océano que se estrella contra la costa... Entonces uno se siente perdido en ese desierto de tinieblas, en el pequeño descampado a la orilla del torrente donde pasáis la noche... Vuestra hoguera crepita echando reflejos rojizos a su alrededor: y ese fuego, inapreciable compañero para acortar las noches, hace más soportable la soledad. Es hora avanzada; la hoguera bien prendida promete calor por el resto de la noche, y cansado del camino fatigoso recorrido en el día, uno se envuelve en la capa y busca dormir; pero la helada cae rigurosa y el frío pronto os despertará. El fuego se apagó y las tinieblas se han hecho más densas. Un grito lejano os pone en guardia; seguramente pertenece a algún ser vivo. Los acentos se acercan poco a poco, se hacen más distintos, y se distingue un ladrido ronco e interrumpido. Ya lo tenéis encima, atrás de la mata que os sirve de cabecera, pero no tengáis cuidado: es el zorro. Vuestra presencia en ese punto ha llamado su atención; ha olfateado algo de extraño e insólito en el bosque siempre desierto, y se acerca arrogantemente para saber de qué se trata. El zorro antártico es el único animal carnívoro de la Tierra del Fuego. El tigre, el puma, el gato montés, han quedado relegados en el continente, y sobre todo en las provincias del norte. Aquí tampoco hay serpientes, ni arañas veneno-



sas; ni mosquitos, ni todas aquellas sabandijas desagradables que abundan en los países cálidos.

Mientras tanto, el sueño se ha ido, y se pasa el resto de la noche avivando el fuego y con la mirada fija en las llamas que se levantan. Pero aclara por el Oriente; las estrellas poco a poco se apagan; sombras confusas que os rodean toman ya forma de árboles, y la aurora matinal enciende las montañas con su luz carmesí. La luz es vuestra amiga, ya no estáis solos, veis a los seres vivos que os rodean, pues aquellos árboles, arbustos, modestas plantitas, hasta el último musgo y líquen, viven de la misma vida orgánica que vosotros; sólo que esta vida late con un pulso más débil, más lento.

Aliviado con el descanso de la noche, el viajero continúa su marcha; se apresura a dejar pronto esa espesura sofocante

que le oprime e irse allá, allá arriba, en las cumbres, en el mundo de las peñas y de las nieves eternas, donde el aire es más puro, donde se respira con pulmones llenos, y donde el horizonte se despeja libre y amplio. No habrá que subir mucho; los bosques de la Tierra del Fuego alcanzan apenas los quinientos metros de altura, y a medida que se asciende el suelo se hace más pedregoso y más seco. Los enojosos pantanos desaparecen. Sin embargo, el bosque continúa desesperadamente tupido y con las mismas dificultades para abrirse camino en él. Cuando la suerte hace encontrar una raleza del monte, donde los rayos del sol penetran alegres y juguetones, se descansa un momento y uno se refresca los labios con la baya del *Empetrum rubrum*, arbustillo de pequeña talla que cubre el suelo de aquellos pradillos.

Y, después, superar el último obs-

táculo, franquearse el camino al través de los matorrales densísimos de la haya enana, que constituyen, por decir así, la barrera del reino de los bosques, que separa a esos últimos de la región alpina. Aquellos arbustos entrelazados y densos forman una pared casi impenetrable, y de la que saldréis lastimado y con el traje hecho jirones si no habéis tenido la advertencia de marchar con el hacha en la mano. Y por fin, os encontraréis afuera ¡a Dios gracias!, en la región alpina, donde nada entorpecerá el camino...

El que haya viajado por las montañas del viejo mundo y conozca las praderas alpinas de allá, sufrirá un desencanto comparándolas con las de la misma región en la Tierra del Fuego. Aquí no hay rastros de aquellos pastos vigorosos, de aquellas



yerbas jugosas y frescas matizadas con millones de flores brillantes, y que forman el encanto del alpinista en las montañas de la Suiza, en los Pirineos o en el Cáucaso. Aquí, en vez de ellas, domina un césped bajo y reseco formado por plantas menudas, muchas de las cuales alcanzan apenas un centímetro de talla. Algunas de entre ellas pertenecen a los mismos géneros que son tan comunes en las montañas de Europa, pero será difícil que el viajero las reconozca, tanto ha cambiado su aspecto! Por ejemplo, la *Caltha*, una de las plantas de Europa más comunes, con tallos altos, hojas largas y carnosas, con flores grandes y bien amarillas,

se ha convertido aquí en una plantita muy humilde, de hojas pequeñas siempre verdes y con florecillas de un color pálido muy escondidas entre las hojas (*Caltha dionaeifolia*). Metamorfosis aún mayor han sufrido las Umbelíferas; en las montañas de Europa son por lo general plantas altas y vistosas, de umbellas de flores amarillas, blancas o rosadas; aquí se han cambiado en diminutas plantitas, creciendo bajo forma de una almohada que a veces tiene metro y medio de diámetro y de medio a uno de altura,

está tan dura que no puede cortarse de otro modo que con el hacha. Estas almohadas, que están formadas con algunas *Azorellas* y sobre todo con la *A. glebaria*, dan la nota característica de la región alpina

de las montañas de la Tierra del Fuego.

A pesar de todo esto, la vegetación alpina no está completamente desprovista de algunas lindas flores que recuerdan las semejantes de Europa. Las más frecuentes son: *Hamadryas* (fam. Ranunculáceas), *Acaena* (fam. Rosáceas), y varias Compuestas (*Clarionea*, *Chabraea*, *Nassauvia*). Debido a su color desteñido no se pueden, sin embargo, comparar con las campanulas, gentianas, saxifragas y otras tantas vistosas flores que son el adorno y el orgullo de los Alpes de Europa.

Subiendo más alto, desaparece también esta vegetación clorótica, y a los

800 y 900 metros los peñascos están apenas cubiertos de algunos musgos y líquenes, cuyas variedades son tan escasas que pueden contarse en los dedos. A los 1000 metros desde el nivel del mar, casi no se encuentra otro indicio de la vida orgánica que un líquen de color verde negruzco (*Usnea melaxantha*); más arriba no hay sino peñascos desnudos, absolutamente desprovistos de vegetación, de aspecto triste y lúgubre; se comprende entonces que aquí está la verdadera frontera de la vida, la frontera que separa el mundo orgánico del inorgánico... allá, abajo, a pocos cientos de metros, la vida lucha todavía débilmente en los últimos estertores; aquí no hay lugar para algo que viva; es el reino de la muerte y de la destrucción...

Y ahora, desde la alta cumbre no estará de más dar una última mirada a la Tierra del Fuego. Por todas partes se levantan erizadas peñas cubiertas en parte con manchones de nieve. Desde la cumbre cercana elevada al cielo como audaz y blanca pirámide, se extiende hasta el bajo un ventisquero imponente, que termina en una laguna de zafiro; de ella se desprende un arroyo que corre entre el mullido verde del valle como serpiente plateada que se desliza hasta perderse en la espesura del bosque; y más abajo se despliega solemne el reino ver-



de de las selvas. Y lejos, tras de los bosques, otras islas, otros bosques, otras erizadas montañas; y más lejos aun, tras del laberinto de islas y canales, limitando el horizonte, una faja confusa: el Pacífico!...

¡Pero qué espíritu de muerte sopla sobre ese paisaje! ¡Qué silencio que oprime, qué calma que infunde pavor! El sol del verano brilla alegremente, derramando en vano luz y calor. Nadie aprovecha sus rayos fecundos; no se escucha ni canto de pájaros ni zumbidos de insectos. El silencio pesado y grave del sepulcro reina aquí eternamente; casi se pensaría que la vida a disminuido en uno mismo y que da latidos apenas perceptibles...

Señores: Tales son mis impresiones sobre la Tierra del Fuego; dejo que juz-

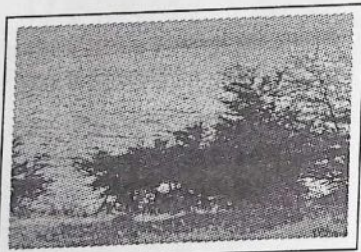
## IMPACTOS

guéis si tenía razón en llamarla la Isla Encantada. Pero me preguntarán: ¿dónde está la princesa bella de quien habla la leyenda?... Y yo, señores, os contestaré que la naturaleza misma de la Tierra del Fuego, o mejor dicho, el espíritu, el alma de ella misma, es la princesa; bella pero triste, inmóvil como si hubiera sido sumergida en un sueño letárgico.

Quien haya tenido ocasión de pasar años en íntima relación con la naturaleza:

quien haya oído y comprendido el murmullo de los arroyos corriendo al abrigo de una selva; quien haya puesto atención a los cantos de las avecillas, al susurro apacible del follaje acariciado por suave brisa; aquel a quien los colores brillantes de las flores alpinas, la fragancia de la llanura hayan hablado al corazón, y que haya sentido vibrar en la intimidad de su alma la salida solemne del sol sobre el espacio inmenso del Océano y su soberbia puesta que colora el cielo de oro y de púrpura, comprenderá todo mi pensamiento...

«... Hay un espíritu apacible que vuela en la espesura de los bosques», dice el célebre poeta norteamericano Longfellow, de cuyos hermosos versos «The spirit of Poetry» (El espíritu de la Poesía), he tomado la idea. La fantasía brillante del poeta, aquel espíritu dulce y suave que está esparcido en el mundo, lo personifica en la imagen de una hermosa mujer espléndida de luz y belleza, y de esas formas celestiales que acariciamos en nuestros sueños. Tiene por boca una pequeña rosa color sangre; su cabello es igual al



adorno estival de los árboles, cuando el crepúsculo hace más oscuro su follaje; su aliento es la tibia brisa del verano saturada de aromas de la llanura en flor, y su voz argentina es el canto del ruiseñor que llena el espacio con sus lánguidos quejidos en las noches serenas de primavera...

Yo agregaré que son imposibles las comparaciones entre Tierra del Fuego y las regiones más cercanas a los trópicos, calentadas con los rayos fecundos del sol ecuatorial. Tierra del Fuego no tiene ni la riqueza de las formas, ni los esplendores de los colores de la segunda. El poeta podría comparar un país tropical a una mujer en la flor de su hermosura desarrollada bajo el clima benigno

del Norte, de formas suntuosas, llenos los ojos y los labios de abrasadoras pasiones. Mientras que la naturaleza de la Tierra del Fuego se me presenta bajo la imagen de una niña dulce y bella, en la que apenas se despierta la mujer, con la sonrisa de la inocencia en los labios, con la luz apacible en la mirada. Esta no conoce aún las pasiones, porque fue arrullada por los temporales y nevascas en el clima severo del Sur lejano... Y duerme esta dulce joven sueño profundo, imperturbable... Y ni el rugir del Océano que se estrella contra las costas peñascosas en los días tempestuosos de invierno, ni el bramido sonoro de los vendavales, que desde mares lejanos se arrojan con fuerza de huracán sobre las islas, no la despertarán de su sueño eterno...

He dicho.

Nicolás Alboff



**La Casa de Juan**  
BAR  
RESTAURANTE

Libertador  
B. O'Higgins 1021  
Punta Arenas  
CHILE



**Lan Chile**  
CADA VEZ MAS ALTO

VENTA Y RESERVA 247079

PASAJES 241232 243339 247783

CARGA LAUTARO NAVARRO esq. PEDRO MONTT

AEROPUERTO 213211

Distribuidor al por mayor y menor

**BODEGA DON ZOILO**



Papas, cebollas y ajos.

Se atienden pedidos desde Argentina.  
Errázuriz 452, teléfono 243734, Punta Arenas, CHILE.

**CARNICERÍA "PORVENIR"**



Antonio Ivelic y Cía. Ltda.

Ofrece a su distinguida clientela carne de alta calidad al más bajo precio y con la mejor atención.

Somos los mejores ¡Prefiéranos!

Errázuriz N° 600 - Punta Arenas - CHILE

**GIMNASIO - SOLARIUM - SAUNA**



Complejo Solarium

Yugoslavia 926 Fono 221148 - Punta Arenas

**Electrónica Stipe**



Antenas de TV.  
Booster para 12 y 220 Volts.  
Cables, accesorios y conectores.

José Nogueira 1252 • Fono 241151 • Punta Arenas

**Editorial Atelí Ltda.**



"Venta de libros REGIONALES"

Destaca su última gran edición:  
"Cuando el cielo se oscurece", historia de vida y testimonio alacalufe de Alberto Achacaz Walakial.

Vicente Reyes 1290 - Fono 225164  
Punta Arenas - CHILE